

P. 94

TERCERA ÉPOCA

3 DE MARZO DE 1900

AÑO XX.-Núm. 22



Madrid Cómico

DIRECTOR: JOSÉ DE LA LOMA



Isidoro Fernández Flórez, Caricatura de SANCHIA



Sutilezas y primores
de inimitable elegancia
tienen sus cuentos; ni en Francia
los hace nadie mejores.

Siempre activo, ni en vigor
ni en fantasía decrece;
¡no se agota ni envejece
la pluma de *Fernanfior!*

Alberto Lozano.

SUMARIO

Teatro: De todo un poco, por Luis Taboada.—En el baile, por Antonio Palomero.—Hoy como ayer, por Francisco Capella.—La costilla de San Juan, por Juan Pérez Zúñiga.—Cantares, por N. Díaz de Escovar.—El ejemplo, por Rafael Torromé.—Falgún, por Clara.—¡Voz del pueblito!—por Ramón Asensio Más.—Cumios relámpagos, por Enrique Fernández y Gutiérrez.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Isidoro Fernández Flórez, caricatura de Sancho.—Los pobres de Madrid: El hambriento, por Leal de Camara.—Siempre en ridículo, por Cella.—Pintura simbolista por Leal de Camara.—De Viena a Las Calatravas, por María.—De cómo D. Lucas sufrió un chasco que merece contarse, por Verdugo Landi.—Cantar ilustrado, por Santana.—¿Qué cosa es perder?, por Arteras.



De Todo un Poco

Tienen razón los que aseguran que para divertirse no hay nada como Madrid.

El que quiere disfrutar de la vida, prescindiendo de toda suerte de preocupaciones, encuentra en Madrid ancho campo para realizar sus propósitos.

Hay aquí familias que no pierden diversión, ni prescinden de ninguna fiesta, ni permanecen jamás alejados de los centros del placer.

—¿Serán muy ricas?—Preguntará alguno de mis lectores.

—No señor,—contestamos nosotros—pero tienen lenguas muy expeditas para pedir billetes y no dejar vivir a nadie.

Y si no, ahí está vivo y sano el Sr. Gallúñez, que se pasa la existencia escribiendo cartas, visitando redacciones, recorriendo contadurías de teatros y persiguiendo personas conocidas para que le faciliten billetes gratis.

El tiene una esposa y una hija, que se han propuesto ir de balde a todas las diversiones, y vive Dios que lo consiguen.

Que se inaugura una Exposición; que se abre una *Kermesse*; que se estrena una obra teatral; que se da un baile; que se van a repartir unos premios... Gallúñez encontrará la manera de obtener billetes gratis y allá se van él, la esposa y la hija tan satisfechos, aunque pereza la criada por escasez de alimentación.

En el hogar de Gallúñez, las cosas andan como Dios quiere. Allí se barre muy poco y no se cose nada y se prescinde de una porción de tareas indispensables en todo hogar doméstico. Cuando la muchacha se ha olvidado de lavar el mantel, se colocan sobre la mesa dos ó tres periódicos extendidos y ya está arreglada la casa; si se ha hecho tarde para encender la lumbre, se manda al café por una chuleta y en paz.

Tienen un gato que vive milagrosamente, pues desde que nació no sabe lo que es comer a gusto. Si queda algo sobrante del almuerzo, el gato come un poquito y si no queda, no come. Más de una vez la criada encontró al minino debajo del fogón dando las boqueadas.

—¡Ay, señorita! El gato se está muriendo—gritó la chica.

—¡Pobrecillo!—exclamó la señora.—Pídele prestada a la portera un poco de cordilla y la dices que mañana se la devolveremos.

Allí no se piensa en nada serio, ni nadie trata de cumplir sus obligaciones.

La mamá y la niña se levantan a la una lo más temprano, pues como siempre andan de diversión en diversión se acuestan, por lo general, a las mil y quinientas y el sueño que más les gusta es el de la mañana.

Gallúñez tiene que ir a la oficina a las doce; de modo que almuerza solito y en seguida se va a la calle. La criada le frie un huevo, con tres ó cuatro rodajas de patata y ya está el hombre despachado.

Casi todos los días le dice la mujer:

—Lisardo, no dejes de ir hoy a por los billetes para la Comedia.

—¿Qué hacen?

—Un drama nuevo de D. Pío Gullón.

Si no te los quiere dar ¡Thullier, se los pides a D. Luciano y si no a Tirso y si no a Pepito Loma, que es uña y carne de los dos.

—Bueno.

—Ya sabes, tres butacas, y que no te las den de atrás, pues a mí me gusta ver a Thullier de cerca.

—Sí, sí.

—De paso vas al Ayuntamiento y preguntas por Zozaya.

—Corriente.

—Y le pides bonos de pan, pues he sabido que los concejales suelen dar bonos y es una triste gracia que tengamos que comprar pan pudiéndolo tener de balde.

—¡Naturalmente!

El caso es, que la familia Gallúñez, utiliza todo lo que encuentra, hasta el punto de tener en su casa dos pares de tijeras de la oficina; tres ó cuatro macillos de balduque, que le sirven a la señora para atarse las enaguas, y otra porción de objetos de escritorio. Por tener, hasta tienen dos rodillas que Gallúñez hurtó a un portero y que sirven a la criada para secar los platos, cuando los friega por *casualidad*.

Gallúñez no brilla por su aseo, pues usa unas manchas en la ropa que dan compasión y casi siempre luce flecos en los puños y en la parte de abajo de los pantalones.

Pero como hay que ver a Gallúñez, es en paños menores. ¡Qué calzoncillos aquellos! ¡Qué elásticas llenas de boquetes! ¡Qué calcetines cuajados de puntos!

Y aún le dice su mujer:

—¡Jesús! ¡Qué adán eres, Lisardo! No he visto un hombre que estropee más ropa.

—¡Pero mujer, si no me la cosen nunca!

—Ya sabes que no tengo tiempo para nada.

—Sí, ya lo veo.

—Si tú fueras persona curiosa harías lo que Vázquez, tu compañero de negociado, que él mismo se recose los botones en la oficina.

Gallúñez es feliz y cree que su mujer y su hija son dos modelos de orden y de economía, y siempre las está ensalzando y poniendo en los cuernos de la luna.

—Está mal que yo lo diga, pero son lo más hacendosas...—dice el infeliz, hablando con sus amigos.

—Si, ya se las nota—contestan todos.

Este año, Gallúñez consiguió, a fuerza de molestar a sus conocimientos, dos billetes de señora para el baile del Círculo de Bellas Artes.

—Necesito también uno de caballero para mí—dijo el hombre.

—Ese no podemos facilitárselo a usted—le contestaron.

—Pues entonces, déme usted otro más de señora—replicó Gallúñez.

Y se fué al baile vestido de mujer, en compañía de su esposa é hija. Pero no hizo más que entrar en el *foyer*... y no fueron empujones los que le dió un portero.

—¡A la calle! ¡so indecente!—gritaba el servidor de la *empres*, dándole en el cogote con el puño cerrado.

—¡Soy una señora!—gritaba Gallúñez.

—¡Fuera!

La esposa y la hija del interesado no se atrevieron a protestar para que no las arrojaran a ellas también, y penetraron en el salón, mientras el pobre Gallúñez se pasaba la noche sentado en la plaza de Oriente, con las faldas recogidas, diciendo para sí:

—Es la primera vez en toda mi vida que me pasa esto... Peor sería que me hubiesen cobrado el billete.

LUIS TABOADA.

En el baile.

¡Qué hermoso está el baile!... La diosa Locura preside la fiesta, convida a gozar... Las máscaras gritan, bromean y corren y ríen con risa ruidosa y jovial.

La orquesta acomete con vértigo alegre las notas brillantes del rápido vals; cual sombras errantes, parejas felices dan vueltas y pasan, y vienen y van...

Hay ojos sombríos que miran airados surgiendo del fondo del negro antifaz, hay ojos radientes que brindan amores haciendo a los hombres perder el compás.

Al lado del joven que empieza su historia, los viejos lascivos que lucen su frac... La risa los une, y al cabo la risa ni clases respeta, ni sexo, ni edad...

Promesas de goces agitan los pechos, los labios febriles anhelan besar, las copas se llenan, y chocan y cantan la vieja y sonora canción del champagne...

Las rojas cortinas del rojo antepalco caen, siempre discretas, con gran majestad, jactoso ocultando los dulces misterios del culto ferviente del clásico Pan!

Soñando en sus tiempos, del ruido alejada, con máscara innoble cubierta la faz, espera a la niña que sacia su gusto, durmiendo entre tanto, la vieja mamá.

¡Qué hermoso está el baile!... De pronto a mi lado descubro a una máscara con lindo disfraz, me estrecha en sus brazos, me lanza al barullo, me lleva al abismo... ¡me dejo llevar!

¡Oh, no; no te quites, por Dios, la careta, mujer adorable que escuchas mi afán!... ¡Yo te amo cual eres: misterio, alegría, pasión de un momento, ventura fugaz!

Prefero fingirme tus frescas mejillas a verlas marchitas, hundidas quizás; prefero fingirme que son encendidos los labios amables que hablándome están.

Me basta el perfume que exhala tu aliento, tus ojos me bastan de extraño brillar, tu seno anhelante, tu talle obediente, tus dulces promesas, tu risa triunfal...

¡Oh, no; no te quites, por Dios, la careta!... Va llevo el encanto del *¿cómo será?* de mil ilusiones el vago contorno de un sueño adorable la dulce bondad...

ANTONIO PALOMERO

Hoy como ayer...

A Sinesio Delgado.

Si D. Sinesio Delgado me concede su permiso, para decir lo que pienso sobre el tema que ha elegido para la hermosa zarzuela que hoy con gusto le aplaudimos, diré que es sólo aparente «El galope de los siglos».

Si algún progreso se observa, es puramente científico. Las costumbres y los usos, las virtudes y los vicios, son iguales en el fondo, aunque en la forma distintos.

La humanidad se ha encerrado en estrecho laberinto y marcará eternamente el galope susodicho, sin avanzar una línea ni moverse de su sitio.

El empeño de los hombres es zurrarse de lo lindo, y ayer con dagas y lanzas, hoy con plomo y explosivos, se devoran como fieras por intereses mezquinos, y siempre se han dado honores al más bárbaro caudillo, al que conquistó más tierras y más leña ha repartido.

Los feudos eran patentes de ladrones y asesinos, que eran dueños de la vida

y la hacienda del vecino. Mas si en otros tiempos hubo señores de horca y cuchillo, ahora para no ser menos tenemos el caciquismo.

Lo que antes eran mesnadas de vasallos aguerridos, en los tiempos actuales son manadas de políticos que escalan el presupuesto en vez de escalar castillos.

Si las bellas castellanas en honor de sus hechizos escucharon tiernas tenas, hoy escuchan duros ríjios.

Si las corazas antiguas eran de acero brúndido, hoy son de tela planchada, más dura y con más brillo.

En fin, ejemplos como estos puedo citar infinitos, pero para muestra basta, me parece, con lo dicho.

Y con ello se demuestra, como tres y dos son cinco, que la humanidad no avanza, que el progreso es sólo un mito y que todas nuestras culpas obedecen al instinto.

Y cuando no hemos variado en el tiempo transcurrido, presumo que el siglo ciento seguirá siendo lo mismo.

FRANCISCO CAYELA

La costilla de San Juan.

El pobre Santiago, víctima de su mala vida, estaba quedándose como un fideo de los más finos, hasta el punto de que hubiera podido contarle los huesos cualquier mortal, que para ello hubiese tenido tiempo y humor.

La última jugera en que intervino, le llevó al borde de la tumba fría. Tan malo se puso, que hubo necesidad de avisar a sus parientes más cercanos, es decir, a los que se hallaban más cerca, y no tardaron en rodear el desvenajado catre, del no menos desvenajado joven, su tío Próculo, su tía Crescenciana, su primo Silvestre, sus hermanos Teófilo y Eutiquio y su hermana de leche Clara, todos los cuales habían sermonado a Santiaguillo en varias ocasiones, teniendo siempre que dejarle como cosa perdida.

Los médicos no llegaban a entender al acreditado juerguista. Tres eminencias se reunieron en junta y bastaron las tres para diagnosticar cuantos padecimientos existen, desde la neurastenia hasta el dolor de hijada, pasando por la conjuntivitis y la escarlatina.

Por fin la naturaleza triunfó del mal, y Santiago, que fué siempre francote para todo, no pudo por menos de entrar en un período de franca convalecencia.

Sin embargo, los parientes del muchacho, oriundos en su mayoría de Valdecárambanos, y conocedores de los milagros que obraba cierta famosa reliquia venerada en aquel pueblo, rogaron al empedernido joven, con lágrimas en los ojos, que se dirigiese al punto donde la reliquia estaba, para que por su segura mediación, le echase la Divina Providencia unas medias suelas en el organismo y unas tapas en la conciencia, pues bien había menester de ellas el desventurado.

—Vete, vete a Valdecárambanos y póstrate ante la santa costilla de San Juan—le decían a coro los parientes—que ella te dará lo que necesitas.

—Así lo haré—respondió el aplinado convaleciente.

Y á los pocos días, causando el asombro de sus amigos, tomó Santiago el tren correo, luego una carreta mixta, y después un pollino sudexpreso, y fué á dar con su escurrida humanidad en Valdecárambanos, en donde creía de buena fé hallar su regeneración, más que por la pureza del clima, por la influencia de la reliquia consabida, cuyos milagros no le eran desconocidos.

11

Es Valdecárambanos un punto delicioso. Carece, sí, de montañas, arroyos, caminos y árboles; pero, en cambio, tiene un cielo despejado á

veces y siempre alto, así como unos aires saludables en ocasiones. Parece que allí se vive en una llanura, á juzgar por la llana que es la gente del país; pero realmente se vive en un terreno accidentado, pues allí no faltan accidentes. Y casi todos desagradables; pero muy repetidos.

Las aguas son abundantísimas. Sobre todo cuando llueve, aquello no es pueblo, es charco: es una especie de Venecia sin góndolas, pero con tercianas.

Hemos dicho que allí no hay árboles, y no hemos dicho bien, pues aparte del ciruelo seco que tiene el alcalde, halláanse repartidos por todo el pueblo algunos alcornoques, y hasta en casa del médico hay un árbol genealógico de muchas ramas, aunque de mala sombra.

La iglesia está derruida. En cambio la Casa Consistorial está en proyecto y la escuela no tiene edificio adecuado. Así, pues, el cura dice misa provisionalmente en la botica, y el maestro enseña los palotes (y los codos), en el matadero municipal, que á la vez es juzgado y granero.

Pues bien, el pueblo de que acabamos de dar ligerísima idea, fué el que recibió en su polvoriento seno al pobre Santiaguillo, quien se dirigió desde luego á casa de su antiguo amigo, don Casto de Castro, ex-capellán castrense y padre de muchas almas... de cántaro.

—Perdone usted, padre Castro, si vengo á molestarle—dijo Santiaguillo al presentarse al cura—pero yo quisiera que usted me indicase dónde está el célebre relicario de esta población, pues deseo ver la tan retombada costilla de San Juan, y figurar en el número de sus protegidos.

—Mucho me place, hijo mío—respondió el cura, haciendo un gesto eclesiástico al ver la demacración de Santiaguillo,—mucho me place que borres con actos como éste, los que por allá cometes, en aras del vicio, según es público y notorio.

—Señor, yo...

Nada, nada; van conmigo á la capilla del viejo caserón que poseen los condes del Bazo-Alegre, y allí verás ahora mismo el relicario famoso.

Llegaron al caserón, y en el más recóndito de sus aposentos hallóse el buen Santiaguillo frente á un armario pintado de verde, con la cornisa dorada y su copete rematado por un San Antonio, que parecía de Padua, y era de escayola.

Don Casto abrió el armario y comenzó á enseñar á Santiaguillo las reliquias que atesoraba.

En la parte inferior yacían en conserva nada menos que la perilla de San Pedro Nolascó, el peroné de una ría de San Lorenzo, un trozo de malla de la Red de San Luis, el dedo pulgar de Santa Prisca, la nariz de San Simón y San Judas, y la cabeza de las once mil Virgenes; al menos así se lo aseguró Don Casto al visitante, dejándole maravillado.

Y finalmente, en el departamento central, sola, más adornada y mejor dispuesta que las demás reliquias, ostentábase dentro de una pecera y entre flores cordiales, la milagrosa costilla de San Juan.

Al verla, experimentó Santiaguillo una emoción extraña, mezcla de escarabajo cerebral y descarrilamiento cardíaco; miró á la reliquia de un modo indefinible, fijó inmediatamente sus ojos en los de don Casto, y qué corriente misteriosa no se establecería entre aquellos dos espíritus nada vulgares, que no necesitaron de la palabra para comprenderse.

Cerró el cura el armario, hasta entonces visitado sólo por gentes rústicas ó fanáticas, y salió del aposento silenciosamente, dejando arrodillado á Santiaguillo, que permaneció allí largo rato entregado á la más profunda meditación.

Los pobres de Madrid: El hambriento, por LEAL DA CAMARA.



—Señorito, una limosnita, que tengo hambre; andadé, señorito, que tengo hambre, más que ya no m'a cuerdo de la tertina comía...

III

Siempre en ridículo, por CILLA

Aquel día comió el joven en casa del cura, quien le obsequió como pudo en un modesto comedor, donde la luz no era muy viva. Verdad es que el padre solía entornar las ventanas por causa de las moscas; y no le faltaba razón, porque así nadie las veía, por muchas que hubiera.

Santiago y el cura comieron en paz y en gracia de Dios, y cuando acabaron, el joven procuró suscitar una interesante conversación acerca de la famosa costilla de San Juan, objeto de su viaje, y tanto metió al cura los dedos en la boca, que el bendito señor hubo de decir a su huésped:

—Mira, chico, aquí nadie nos oye: tú tenías fe y la has perdido ¿verdad? Pues bien, yo quiero que la cifres en lo que es verdaderamente santo. El Cristo de la Esperanza, que aquí veneramos, te dará la salud corporal y espiritual que necesitas.

—Pero, bueno, esa costilla tan acreditada... ¿de quién es?

—De San Juan.
—¿Bautista? ¿Evangelista? ¿Clinaco? ¿Nepomuceno?

—No.
—¿Luego es una costilla de las que llaman falsas?

—No; porque realmente es de San Juan.

—¿De qué San Juan?
—De Romualdo San Juan, un maestro de escuela que hubo aquí a principios del siglo.

—¡Ave María Purísima!

—Sí, hijo mío, sí; pero no descubras ese secreto; que así se conserva la fe, se recauda dinero para obras piadosas, y a nadie se le engaña diciendo que la reliquia es de San Juan, sobre que el pobre domine de quien procede fué un verdadero santo, y en cuanto a mártir habrá muy poquitos como él en el martirologio. ¡No cobró más que dos mensualidades en veintisiete años... ¿nueve no te digo más!

Mucho estimó Santiago la franqueza del respetable cura, y de tal modo se encariñó con él, que no dejó de cumplir ninguno de sus buenos consejos, incluso el de quedarse a vivir en Valdecarámbanos,



Un dto de amores de tenor y dama, entre bastidores. (Fuera de programa.)

Pintura simbolista, por LEAL DA CAMARA



EL PORTA MODERNO.—Tapiz para el Estela-Club.

alejado de los focos de perdición que en la corte le habían tenido enfocado tanto tiempo y le habían hecho tanto daño.

Pero la predisposición de un espíritu malo hacia un acto bueno suele estrellarse a veces en lo más inesperado y necesita siempre para triunfar no hallar tropiezos en su camino.

Aquel San Juan de instrucción primaria, de quien procedía el venerado hueso, había dejado un nieto en Valdecarámbanos: un tal

Cornelio San Juan, cosechero en cereales, que cuando llegó Santiago al pueblo llevaba dos años de tener, a más de los granos que recolectaba, otro grano y muy gordo en su joven esposa, en su costilla, Soledad del Campo, buena moza si las hay y alegre de cascos como ella sola.

Intimó Santiago con la familia de San Juan mucho más de lo regular, y excusado es decir que no logró en Valdecarámbanos el alivio de sus dolencias físicas ni morales; pero al menos se complacía en dar gusto a sus parientes de Madrid, cuando les manifestaba en sus cartas que le iba muy bien con la soledad del campo, y que, aunque pareciera imposible, le había hecho olvidar sus antiguos devaneos cortesanos la milagrosa costilla de San Juan.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Cantares.

La llamé en el Camposanto
y en los arrullos del eco
oí una voz que decía:
—Hasta enterrada te quiero.

Por sorprenderte asomada
á los hierros de tu reja,
hasta el lucero del alba
madrugaba que se las pela.

N. DÍAZ DE ESCOBAR

El ejemplo.

De «Viena» á Las Catastravs, por MARIN

Yendo de caza un pastor, junto á una cueva, en un cerro, mató á un lobo y á una loba que criaban un lobezno; cogió el pastor al cachorro que tiraba de miedo y resolvió compasivo socorrer al pobre huérfano:

Una perra del pastor que amamantaba tres perros no negó el materno jugo al pobre lobillo hambriento, y criada la fierecilla con tan nobles compañeros, en sus costumbres y mañas pudo igualarse con ellos.

Era valiente en las luchas, muy retozón en los juegos, muy veloz en la carrera, muy temerario en el riesgo; acudía presuroso á las voces de su dueño y unía al valor del lobo la fidelidad del perro.

Ninguno guardaba el ato con más constancia y más celo, y si en la extensa manada se rezagaba un carnero, le atajaba presuroso, frente á él arqueaba su cuerpo, abría las recias patas, bajaba el hocico fiero, mostraba los blancos dientes, gruñía con ronco acento, y levantaba la cola como erizado plumero.

La res, cual si viera al diablo, al ato llegaba huyendo, y el lobo, ya triunfador volvía con paso lento.

Cuando se acercaba un lobo gruñía como los perros, se le encendían los ojos y se le erizaba el pelo, y defendiendo el ganado luchaba con tal denuedo que daba espanto y terror á sus propios compañeros.

Un año, llegó con nieves tan copiosas el invierno, que cubrió la serranía con un sudario de hielo, y los lobos que anidaban en aquellos vericuetos por las nevadas laderas fueron bajando famélicos.

Cierta noche, á centenares, el ganado acometieron, sin que les dieran espanto ni los hombres ni los perros; si algunos retrocedían, se abalanzaban de nuevo; y era más grande su audacia cuando era mayor el riesgo.

Los canes amedrentados y mal heridos huyeron, y sólo el lobo guardó con bravo tesón su puesto; pero al ver la carne fresca palpitando por los suelos y escuchar las dentelladas de aquel banquete sangriento, sus naturales instintos de pronto reverdecieron y dentro de sus entrañas sintió un misterioso acento que decía:—Tu eres lobo y debes seguir su ejemplo.

Y lo siguió de tal suerte que ni el lobo más hambriento produjo estrago mayor en los cándidos corderos.

Saciado el brutal impulso, con el mirar torbo y fiero, mostrando el feroz colmillo entre el hocico sangriento, quedó pensativo el lobo ante sus dudas perplejo; pero, dando un fuerte aullido se fué hacia el monte derecho pensando:—Con lo que hice ya no sirvo para perro,— y unido á los otros lobos y confundido con ellos entre las nieves del monte se fué perdiendo á lo lejos.

RAFAEL TORROMÉ



No mires á esta chiquilla que airosa cruza la calle; ¡porque estamos en Cuaresma y es pecado comer carne!



1.—Voy á comprarme una careta para dar una broma esta noche en el baile.



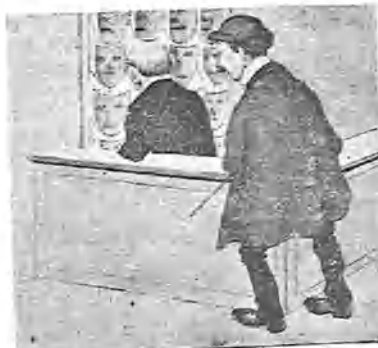
(Historieta por Verdugo Landi.)



2.—Pero una careta muy fea, de esas que meten miedo.



3.—Esa del centro, de la nariz gorda y los bigotes blancos, me parece bien.



4.—¿Me hace usted el favor de decir el precio de esa careta tan fea del centro...



5.—¿Cuál? —¡¡ !!

Cantar ilustrado, por SANTANA



En el corazoncito
me han clavao un clavo,
y una hija de una mala madre
me lo ha remachao!

Palique.

Se van poniendo de tal manera las cosas en nuestro mundo literario (una mala maleta), que hay que ir economizando, ó *aparrando*, como diría un *supernacional*... afrancesado, la fama de los escritores que algo valen.

Hace tiempo, yo censuraba á ciertas personas que, ahora, comparadas con las notabilidades que nos quieren encajar á golpes de bombo, resultan eminencias.

Además, no falta quien se aprovecha de los reparos que se pone á lo que escriben autores notables para apoyar exageradas y nada respetuosas censuras, en que se pretende aniquilar el crédito de esos autores.

Por esto, cada vez he de mirarme más, siempre que tenga que decir algo contra cualquier escritor de mérito; y he de decirlo con salvedades, distingos y toda clase de atenuaciones, eufemismos y demás cumplidos; y sobre todo, en tales casos, prescindiré de toda intención satírica, de toda broma y de cuanto pueda mortificar al literato de quien hable.

Hoy se trata de doña Emilia Pardo Bazán, de la cual yo he dicho en este mundo mucho bueno y algo malo. Doña Emilia tiene defectos; yo he hablado de ellos mil veces (y de sus méritos diez mil); pero siempre se debió sobrentender que para mí, esa señora tiene positivo talento, cultura excepcional en mujer española, y que no hay que contarme entre los *libertarios* de pluma que quieren echarla por los suelos, como se dice vulgarmente, así como á otros escritores también notables, aunque tampoco perfectos.

Doña Emilia publica un cuento titulado «Justiciero», y yo voy á permitirle escandalizarme con la doctrina de ese cuento.

Partidario como soy del arte por el arte; del arte como pura forma, es claro, que al censurar el cuento por su doctrina, dejo aparte el valer artístico; por esta vez no se trata de crítica literaria.

La misma doña Emilia, entre muchos otros, ha dicho que lo inmoral no está sólo en lo pornográfico; que hay muchos más mandamientos que el sexto. Es verdad. Por eso, encuentro inmoral el cuento, «Justiciero», aunque nada hay en él deshonesto, en el sentido en que se suele entender este epíteto.

Entendámonos. No es que yo crea que el cuento, en sí, puede ser

inmoral. Nadie ni nada puede ser inmoral más que las personas individuales. Tampoco creo que la autora lo haya escrito con mala intención, con propósito inmoral. Lo que hay es que, á mi ver, la teoría ética que el cuento supone es contraria á la moral; pero sin que esto demuestre malicia, sino error en quien inventó el cuento.

Y el caso es este.

Un hombre honrado, trabajador, fiel en sus tratos como él sólo, arriero de oficio, coloca un hijo suyo, de pocos años, en una casa de comercio. Una noche, el hijo se le presenta... «¿A qué vienes—dice el padre—; Tú has robado!» En efecto, el chico ha robado á su principal unos 190 duros.

«¿Quién va á fiarse en adelante del padre de un ladrón!» — exclama el arriero—el cual manda á su hijo que salga con él de casa; y de noche, en la soledad del campo, sin darle tiempo para nada, le dispara un tiro de revólver entre ceja y ceja. Y se para á observar que ya no rebulle *aquella mala semilla*.

Así acaba el cuento.

¡Horror!

¡Un padre que mata á un hijo disparándole un tiro en la frente, porque el hijo, un muchacho, ha robado 190 duros!

Todo estaría bien, ó por lo menos mediano, si se pudiera decir que doña Emilia sólo se había propuesto pintar un tipo, un carácter, una aberración moral; describir un lance trágico, sin aprobar la conducta de tal padre; sin *tesis*, en fin.

Pero no hay tal cosa.

Doña Emilia aprueba el crimen del arriero, que ella, por lo visto, no considera crimen.

El título del cuento lo dice: «Justiciero» ¿Justiciero? ¡Animal!

Si, animal; menos que eso. ¿Es esa la justicia para la señora Pardo?

No lo creo. No debe de haberse fijado en lo que ha hecho al titular «Justiciero» ese cuento.

Un padre, por lo pronto, no tiene derecho de vida y muerte sobre su hijo.

Un padre, que usurpa atribuciones que en un pueblo civilizado, moderno, son de la justicia social, no tiene derecho de castigar con la última pena un delito que la ley castiga con mucho menos rigor. Lo que hace ese arriero es... sencillamente un asesinato.

Y dejó aparte el olvido absoluto del sentimiento paternal.

¿Opina doña Emilia que el padre de familia tenga derecho á matar á sus hijos?

¿Opina que es justicia castigar un robo cometido por un adolescente y un robo de ciento noventa duros, con pena de muerte?

Si en la realidad se encontrara doña Emilia con un arriero que hubiera hecho lo que hace el de su cuento, ¿le llamaría justiciero? No lo creo.

Si por tal le tenía, es claro que no consideraría delito el crimen, por él cometido; y como las leyes lo castigan, doña Emilia, en vez de denunciar al arriero asesino, encubriría su crimen...

¿A dónde puede llevarnos la literatura extraviada!

Es claro que no; es claro que doña Emilia no tendría por justiciero á un criminal semejante...

Todo ello no ha sido más que una *falsa imagen*, una falta de *naturalidad* literaria; se ha ido por el *efectismo* á la moral arbitraria, improvisada. Lo que en el papel le pareció á doña Emilia hermoso, justo, le parecería fiero, cruel, feo, en la vida...

Por donde venimos á parar, aunque yo *casi* me contradiga, en que el defecto del cuento probablemente más cae en la jurisdicción de las letras que en la de la moral y el derecho.

El arriero de la señora Pardo no es de carne y espíritu; es de cartón.

Y un arriero de cartón puede matar todos los hijos que quiera. Porque también serán acartonados.

CLARÍN

¡Voz del pueblo!

Contrajo matrimonio Federico
con una preciosísima morena
de negros ojos, de risueña boca,
de hermoso cuerpo, de gentil presencia.

Y más enamorado cada día
de la mujer aquella,
hubiera dado el pobre Federico
por el menor capricho de Teresa
juventud y esperanza y alma y vida
y honores y riquezas.

Una noche, volvió temprano á casa
feliz y alegre sin ninguna pena,
cantando por lo bajo el vals de moda
que acababa de oír en la Zarzuela.

Entró en su dormitorio de repente
y... ¡horrible decepción! ¡fatal sorpresa!
allí estaba su amor y su ventura
allí estaba su esposa, estaba *ella*,
borracha de pasión, desmelenada,
en todo el esplendor de su belleza
y en los brazos de un hombre ¡de un cobarde
que no tuvo el valor de defenderla!

La impresión fué espantosa; Federico sintió helarse la sangre de sus venas, yó hundirse para siempre su alegría, deshacerse ilusiones y promesas... y ciego de furor, loco de rabia, cogió el revólver, extendió la diestra... (y el rayo mismo lo creyera poco para matar á la mujer aquélla)

— *Rien* — dijo la opinión al otro día — *es un caso de honor, que se le absuelva! Si sorprendió á su esposa con su amante hizo bien en matarlo. ¡Está bien muerta!*

Poco tiempo después, otro marido llegó á encontrarse en situación idéntica; también este infeliz amó á su esposa y la creyó también honrada y buena, y cuando la encontró con un amante también tuvo el revólver en la diestra.

Pero no la mató, por el contrario. En un supremo arranque de grandeza, recordando que Cristo manda que perdonemos las ofensas, jabrió los brazos, generoso y noble... y perdonó á su infame compañera!

Y dijo la opinión en grito unánime que ensordeció la tierra!

— *Valiente calzonazos estás hecho. ¡En cuanto te descuides te la pegol!*

RAMÓN ASENSIO MÁZ

Cuentos relámpagos.

A Pelayo Vizuela.

...Y allá en las profundidades del infierno, Luzbel se desgarraba la carne con sus uñas largas y puntiagudas.

Hacia más de cuatro horas que por sus pupilas negras pasaban, como vistas de cosmorama, las alegrías y las penas, los alborozos y las bienandanzas, las zozobras y las inquietudes y pasaban y pasaban, sin que Luzbel desarrugara su entrecejo, ni desuniera sus dientes, que crujían con indomable fiereza. El hubiera querido ver pasar juntos, unidos en estrecho abrazo, al cinismo y la vergüenza, la castidad y la lujuria, la mujer y el hombre, pero éstos juntas las espaldas, despreciándose, blasfemando, injuriando á todo lo existente, haciendo vil alarde de la influencia del estómago en la vida humana, y del absoluto desprecio con que acogían los más tiernos afectos los más puros sentimientos... esto pensaba cuando pasó ante su vista Carnaval, con sus transformaciones de sexos, sus desnudeces impúdicas, sus bromas vergonzosas, sus bailes carnales...

— Aquí, aquí hay de lo mío, — pensó el diablo — ved esa pareja ebria luchando para no caer al suelo, ved cómo se abrazan idiotamente, ved como se besan, ved que no se conocen, que sólo se adivinan, que sólo... que sólo lo pueden hacer en Carnaval, cubierto el rostro con una tela que oculta las ojeras de la erótica, de la bestia doliente... ¡desprecio! desprecio profundamente al mundo que así se divierte, que así se distrae, que así goza; eso no es gozar, eso es ir perdiendo insensiblemente el gusto á ir derechos á la postergación del placer, eso sólo es ruina...

...Y el escritor que esto pensaba quedó de repente á oscuras, unas manos odoríferas tapaban sus ojos, una voz aterciopelada decía: — ¿no me conoces?... ¡pues vengo á buscarte para que juntos marchemos á gozar, á divertirnos, estamos en Carnaval!

— Suelta, suelta, y el escritor miróla, tan alta, tan bella, con sus ojos de turquesa y su cabellera abundosa y negra, con sus mejillas de rosa y sus labios de lumbre — ¿eres tú? vamos donde quieras, hace un momento despreciaba las distracciones que me brindas, protestaba energicamente contra el Carnaval ruinoso...

— Pero tú pensabas en el disfraz honito, en la pareja encantadora, en los brazos que aprisionan, en los besos lánguidos, en la noche feliz...

— No sigas, no te conozco ¡quién eres?

— ¡La tentación!

— ¡Ah, sí!... ¡Tentación, tentación, bésame; tú eres divina!

ENRIQUE FERNÁNDEZ Y GUTIÉRREZ

CHISMES Y CUENTOS

Ernesto López, *Claudio Frolo* á el hombre de las dimisiones, se ha incomodado mucho con el Director de *MADRID CÓMICO* porque éste tuvo la comodidad de aludirle en un sueltacillo que publicó días atrás este semanario.

Frolo, aprovecha la coyuntura para darnos á conocer su brillantísima hoja de servicios — completa, pues en raciones ya nos la había colocado varias veces — y para proclamar á los cuatro vientos que sus artículos periodísticos «sacaron de cuajo» á los ilustres Moret, Fernánflor, Moya, Figueroa, Pulido, Burell y Abascal entre otros.

El, que tiró en Cádiz una posición envidiable y un porvenir risueño, para venirse á Madrid *abrasado* por su afición al periodismo; él, que en tres meses consiguió que D. Segismundo, con el sombrero echado atrás y con la lengua fuera de la boca corriese al Congreso á preguntar entusiasmado: — *¿Quién es ese Claudio Frolo?*; él, que hace un «precio» como periodístico mientras Burell, con el mismo asunto, sólo consigue pintar un cuadro cargado de almazarrón; él, que al llegar á Madrid le dicen los directores de los grandes periódicos que en cada redacción madrileña sólo hay uno ó dos cerebros, pues los demás redactores no pasan de ser acarreadores de noticias; él, en fin, que se ahoga en la atmósfera insana de ciertos diarios, porque poner freno á su imaginación es igual que poner puertas al campo; él no podía consentir que un *nene* periodista le aludiese y maltratase, como si se tratara de un escritorzuelo de pan llevar.

¡Sería cosa de reír si no fuera caso de compadecerse!

MADRID CÓMICO se felicita de haber dado á luz un nuevo Lord Byron que, á pesar de sus hermosísimos escritos, no escucha nadie, y declara con la mano puesta sobre el pecho, que ni le preocupan ni le molestan los juicios de *Claudio Frolo*, por lo mismo que no molesta ni preocupa al cazador lo que podrá decir el gazapo al recibir la perdigonada.

Y por primera y última vez nos permitimos importunar á nuestros lectores con paliques de este género. Si en alguna ocasión los admite *MADRID CÓMICO* será con persona que por su ilustración y talento le honre y le dé lustre.

Con *Claudio Frolo* — *¡vístete!* — no nos conviene la discusión. No nos viste. Nosotros no podemos discutir en mangas de camisa.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. S. C. — Muy largo, muy largo, muy largo. No me atreví á leer sus *confidencias*.

EL CABO IRAPOTU. — No me sirven esos *cartuchos*. Carecen de proyectiles, aléase *migas*. Hay que tirar con bala.

C. S. A. — *Madrid*. — Me parece muy bien que esas *pinas*, las quiera usted hacer en familia...

J. R. — Un obrero que *tiene por cultura* hacer eses en la calle no es digno de que le demos la alternativa en estas columnas.

PARIVELLI. — *Cartagena*. — ¡Muy bonito! Me río yo de Celso Lucio y García Álvarez donde esté su Don Ramón Manzano. *Hinao*, se escribe con h. Comprendo que es una ordinariéz, pero vaya usted con el cuento á los señores de la Lengua.

P. S. M. — *Manzanares*. — Vale más que esas cosas se las cante usted al oído á esa señorita. Estos arrebatos de la pasión no deben salir á la superficie.

CHINCHIPITO. — ¡Calaverón!

J. C. O. — *Cauto*. — Las *chinitas*, parecen cantos rodados por lo fuertes, y sus *Recuerdos* son tan poco interesantes, que no son dignos de vivir en la memoria de usted ni un solo día.

HIPOPÓTAMO. — *Pamplona*. — No dudo que se llevaría usted el primer premio si abriéramos el certamen que nos indica, pero no lo abrimos por temor á las contestaciones que íbamos á recibir.

J. U. C. — Ahí va su sueño:

Sofé que dormía un día en una hamaca lo mismo que blanca luna enlutada y que en estado de paroxismo una dama enlutada vino á mi lado desperté sobresaltado y... ¡era mi ciudad!

J. R. — *Segovia*. — Queda usted absuelto.

EL PALETO BACHILLER. — E. N. — *Buenos Aires*. — J. E. — *Ecija* — C. V. — *DE LA P.* — *Orense*. — S. L. — *Cádiz*. — EL TRIQUITRAQUE. — H. O. — P. P. — F. B. V. — *Madrid*. — No sirve nada. Dispensen ustedes el lacónismo.

MADRID: 1900 — Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4.

MADRID

Tres meses, 2,50 ptas. — Solo id., 1,50. — Año, 8.

PROVINCIAS

— ¡ Semestre, 5 ptas. — Año, 9. —

Anuncios españoles: Posetas 0,25 líneas.

Madrid **Cómico**

OFICINA: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

UNIÓN POSTAL

— ¡ Un año, 15 pesetas, —

VENTA

Número corriente, 0,15; atrasado, 0,25.

Anuncios extranjeros: Francos 0,25 líneas.

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

PASTILLAS BONALD (DE COCAINA CLORO-BORO-SÓDICAS) Núñez de Arce, 17.

¿Qué cosa es perder? por ARVERAS



— Ponerse muy goma, clama un elegante, que en la *descriptiva* no pudo romper.



— Armar *novatadas*, prorrumpe un danzante, y, perdido el año, volverle á emprender.



— Ansia la salida y estar vegetando, dice un procedente de la General.



— Echar mucho pelo, vivir zonzando, quedar sin carrera, perder un caudal.

BERNABÉ MAYOR
 3, ESPARTEROS, 3
 MADRID

Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.
 Ferrería, metales, utensilios de cocina.

LUZ ELÉCTRICA

Catálogos ilustrados gratis.

LORENZO PÉREZ
 SASTRE
 ANTIGUO COBTADOR DE LA CASA HUNSURI
 Montera, 8, entresuelo.

UNIFORMES CIVILES Y MILITARES * LIBREAS * ABRIGOS DE SEÑORA

Tiene esta casa tal precisión en las medidas y perfección en el corte, que prenda que hace puede tenerse la seguridad, que garantiza, de que es completamente nueva, pues jamás saca composuras, que son las que hacen que la ropa parezca usada antes de estrenarla.

Casa fundada en 1730. **PEDRO DOMECCO** Jerez de la Frontera.

REPRESENTANTE EN MADRID:

D. José García Arrabal,

MONTERA, NÚM. 12, 2º

Puntos de venta de los vinos de Domecq:

Alcalá, 17; Barrionuevo, 6; Barquillo, 12; Hortaleza, 15; Mayor, 32; Montera, 55; Paseo de Recoletos, 21; Peligros, 10 y 12; Preciados, 8; Sevilla, 16, y en todos los principales ultramarinos y almacenes de vinos.

Lo mejor para el pelo
PETRÓLEO GAL
 Perfumería de Echeandia,
 2, ARENAL, 2

GARGANTA Y TOSAS SE CURAN CON LAS PASTILLAS PRIETO
 No contienen calmantes nocivos.
 DE VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS
 Caja, una peseta.

SERVICIOS FÚNEBRES
La Soledad
 DESENGAÑO - 10.
 TELÉFONO 205

PERLA ESTOMACAL

estómago é intestinos, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones. Caja, 10 reales; por un real más se remite. Madrid, Sacramento, 2, farmacia, y de venta en las de Arenal, 2, y principales de España. En Barcelona, Dr. Andreu.

de R. FERNÁNDEZ MORENO. Único medicamento sin calmantes que cura radicalmente las acedias, dispepsias, gastralgias, catarros y úlceras del

MATÍAS LÓPEZ. — Chocolates, Cafés, Dulces. — Oficinas: Palma Alta, 8. — Depósito: Montera, 25.